

---

# Orar a la carta

Bernat Hernández  
Universitat Autònoma de Barcelona  
bernat.hernandez@uab.cat

Recibido: 28 mayo 2026 / Aceptado: 1 julio 2026

---

El libro *En el restaurante del chef Agustín de Hipona*, de fray Pío de Luis Vizcaíno OSA, parte de una apuesta tan sencilla como arriesgada, la de llevar la oración al lenguaje de la mesa. El lector no se encuentra ante una exposición doctrinal tradicional ni ante una síntesis académica del pensamiento agustiniano. Se trata de una propuesta original, un ejercicio de traslación que convierte una tradición espiritual compleja en una práctica susceptible de ser saboreada.<sup>2</sup>

La referencia culinaria organiza todo el itinerario. La oración se ofrece como un “banquete” con entrantes, platos servidos, vajilla, postres y bebidas, y el lector es conducido por ese recorrido con una intención claramente pedagógica. La metáfora no funciona como adorno, sino como arquitectura del libro. Ordena los capítulos, marca el ritmo de lectura y, sobre todo, convierte la oración en una experiencia de incorporación, algo que no basta con entender, porque debe ser probado. El texto insiste en que no se trata de leer sobre la oración, sino de degustarla. Esta insistencia reaparece en la caracterización de san Agustín como una “copiosa despensa intelectual, espiritual y moral”, capaz de ofrecer alimento a quien lo busca.

---

<sup>1</sup> Pío de Luis Vizcaíno OSA, *En el restaurante del chef Agustín de Hipona*, Madrid, Editorial Agustiniana, 2026, colección “Espiritualidad agustiniana”, número 11. Con la simpática postdata del prólogo/publicidad: “Cliente habitual de este restaurante es el actual obispo de Roma, el papa León XIV”.

La fuerza de esta propuesta se entiende mejor si se sitúa en un horizonte más amplio. La lectura de fray Pío de Luis nos recuerda inevitablemente al relato *El festín de Babette* de Karen Blixen, popularizado por la película de Gabriel Axel de 1987.<sup>3</sup> En ambos casos, la comida no es un simple recurso decorativo, sino el modo mismo en que acontece una experiencia espiritual. En el libro, la oración se plantea como alimento, como algo que se recibe, se asimila y termina por transformar la vida interior. El banquete cocinado por Babette produce algo muy parecido. Sin discursos ni explicaciones doctrinales, deshace antiguos resentimientos y restablece la convivencia. Como dice el general Loewenhielm al final de la cena: “Se han abrazado la misericordia y la verdad, amigos míos. La rectitud y la dicha se besarán mutuamente”. Se han encontrado en el banquete, lo que permite verbalizar una experiencia que el resto apenas sabe nombrar. La afinidad se hace más clara en la lógica del don. Babette cocina sin esperar nada a cambio; su gesto es pura gratuidad. Del mismo modo, la oración que describe De Luis parte siempre de la idea de que Dios habla primero, y el hombre responde. No se trata de producir algo, sino de acoger.

También coinciden en la función de la memoria. En las *Confesiones*, leídas aquí como una “catedral de oración”, la vida se reorganiza al ser narrada ante Dios. En *El festín de Babette*, el acto de comer despierta recuerdos y hace posible una reconciliación que parecía imposible. En ambos casos, la experiencia transforma porque reordena lo vivido. La diferencia está en el lugar de esa transformación. En la narración de Blixen viene de fuera, como un acontecimiento inesperado; en el libro, se sitúa en el interior, en el corazón. Pero el resultado acaba por converger en una vida que, al ser “nutrida”, cambia. Así entendida, la metáfora del restaurante de nuestro libro encuentra en *El festín de Babette* su equivalente narrativo; la experiencia espiritual no pasa solo por ideas, sino por una disposición elemental de sentarse a la mesa, recibir, recordar y dejarse transformar.

En un registro más académico, en la última década, distintas corrientes teológicas y culturales han insistido en la dimensión simbólica y convivencial del comer. Norman Wirzba, en *Food and Faith*, formuló de manera particularmente clara esa intuición de que comer es una de las formas

---

<sup>3</sup> Isak Dinesen (Karen Blixen), *El festín de Babette* (1952), Madrid, Nórdica Libros, 2005, traducción de Francisco Torres Oliver.

primarias de participar en la vida de otros. No es solo recibir alimento, sino entrar en una red de dependencia, gratitud y comunión en la que la mesa se convierte en un lugar de revelación cotidiana. La oración, como la comida en Wirzba, se entiende entonces como recepción agradecida, incorporación y transformación compartida.<sup>4</sup> La propuesta de De Luis refleja esa teología contemporánea del alimento.

En una clave bíblica más narrativa, Philippe Baud ha recorrido un territorio próximo en *Et Dieu dit: Passons à table!*, donde la mesa aparece como lugar de revelación, desde la Pascua hasta el festín del Cordero, es decir, desde la memoria de la liberación hasta su cumplimiento escatológico.<sup>5</sup> En ambos casos, la comida deja de ser un hecho neutro para convertirse en un lenguaje de comunión.

Nuestro autor no entra en esa discusión de manera explícita, pero su libro se mueve en ese mismo contexto. La comida no es aquí objeto de análisis, sino anclaje de mediación entre el hombre y la divinidad. El verdadero asunto es la oración, definida como diálogo nacido de la escucha. En uno de los pasajes más claros, se insiste en que Dios “habla primero” y que el creyente responde “con el oído, la mente, la lengua y el corazón”. La oración no deja de ser diálogo, pero el acento se desplaza, ya que antes que palabra emitida, es escucha; antes que iniciativa humana, recepción de una gracia que precede.<sup>6</sup>

---

<sup>3</sup> “If food is God’s love made nutritious, and if eating is one of the primary means through which this love is extended through the world, then it makes sense to think that eating (in some transformed way, perhaps) will have a role in heaven as the sharing and enjoyment of God’s love. Eating matters in this life and the next because it is a realization –imperfect now but perfect then– of God’s eternal communion-building life” [“Si la comida es el amor de Dios vuelto alimento, y si comer es uno de los medios principales por los que ese amor se difunde en el mundo, cabe pensar que también en el cielo (quizá bajo una forma transformada) habrá lugar para comer como comunión y disfrute del amor divino. Comer importa en esta vida y en la otra porque anticipa –imperfectamente ahora, plenamente entonces– la vida eterna de Dios, generadora de comunión”, traducción libre mía] (Norman Wirzba, *Food and Faith. A Theology of Eating*, Cambridge University Press, 2018, segunda edición, p. XVIII).

<sup>4</sup> Philippe Baud, *Et Dieu dit: “Passons à table!” Nourriture et repas dans la Bible*, París, Médiaspaul éditions, 2014.

<sup>5</sup> Pío de Luis, *En el restaurante del chef Agustín de Hipona*, pp. 14-15.

Esta perspectiva encuentra su forma más lograda en la lectura de las *Confesiones*. Como he dicho, el libro las presenta como una suerte de “catedral de oración”, una expresión muy acertada que condensa bien la interpretación propuesta: la vida entera convertida en palabra dirigida a Dios. Orar no es aquí un acto aislado, sino una manera de releer la propia historia. El sujeto se descubre narrándose ante una presencia que lo precede.

El capítulo dedicado al corazón prolonga esta intuición desde una clave antropológica. El encuentro con Dios no se sitúa en un espacio exterior, sino en el interior del sujeto, allí donde se ordenan los deseos. En términos agustinianos, volver al corazón no es encerrarse, sino regresar al lugar donde ya se estaba siendo esperado. El libro acierta al traducir esta idea a un lenguaje accesible, sin eliminar del todo su densidad.

No es irrelevante que esta interioridad se exprese mediante una metáfora material. Comer implica tiempo, atención y disposición. Y en ese sentido, la propuesta del autor coincide con otras lecturas contemporáneas del hecho alimentario como espacio de sentido. Incluso en el ámbito cultural más general, como señalaba el obituario de Carlo Petrini, el movimiento *slow food* se habría fundado en la convicción de que comer bien podía “hacer la vida moderna más significativa”.<sup>7</sup> No se trata de identificar espiritualidad y gastronomía, sino de recordar que comer exige tiempo, atención y disposición. En este sentido, tan cercano a la intuición del *slow food*, la metáfora de De Luis gana actualidad porque, frente a la prisa y el consumo, propone una forma de demora interior.

El cristianismo, sin embargo, introduce aquí el referente decisivo de la Eucaristía. Diversas tradiciones teológicas han descrito este gesto como la forma culminante de la relación entre alimento y experiencia espiritual. Louis Bouyer, en su obra clásica, recordaba que la Eucaristía prolongaba las bendiciones de la mesa judía y situaba el acto de comer en el corazón mismo del misterio cristiano.<sup>8</sup> En un registro más reciente, Francys Silvestrini Adão, en *La vie comme nourriture*, proponía entender la existencia humana como una “fracción” que puede dar vida o producir división,

---

<sup>6</sup> Clay Risen, “Carlo Petrini, whose Slow Food Movement transformed how we eat, dies at 76”, *The New York Times*, 22 de mayo de 2026.

<sup>7</sup> Louis Bouyer, *Eucaristía. Teología y espiritualidad de la oración eucarística* (1966), Barcelona, Herder, 1969.

según cómo se comparta.<sup>9</sup> De Luis recoge estas intuiciones acertadamente, sin teorizar sobre ellas. La Eucaristía aparece como el centro del restaurante, el lugar donde el símbolo se vuelve realidad. Comer ya no es solo imagen, sino incorporación. En esa línea, el texto sugiere que el acto de recibir alimento es también un acto de comunión y de transformación.

El tono general del libro, sin embargo, evita la solemnidad excesiva. Hay en él una voluntad de hacer accesible la experiencia espiritual, incluso de introducir en ella cierta ligereza. Este rasgo puede ponerse en relación con aproximaciones como la de Enrique García-Máiquez sobre la risa en los Evangelios, donde se subrayaba que la humanidad de Cristo no queda reducida a la gravedad, sino que incluye una apertura a la alegría.<sup>10</sup> De Luis se mueve en ese registro cuando introduce imágenes como las “bebidas espirituosas” o los “okupas” del corazón, pequeños desplazamientos que suavizan el discurso sin vaciarlo. El libro enlaza, pues, con las citadas propuestas de divulgación reciente que buscan traducir la espiritualidad (en este caso, agustiniana) a un lenguaje contemporáneo. El mismo autor incluso había recurrido a imágenes hormonales o afectivas (las llamadas, con cierta provocación, “endorfinas agustinianas” de otra obra suya) para señalar que la experiencia de Dios no excluye el gozo, sino que lo presupone.<sup>11</sup>

La opción estilística tiene también sus límites. La metáfora del restaurante, tan eficaz al comienzo, se prolonga a veces más de lo necesario y corre el riesgo de imponerse sobre el contenido. Además, la densidad de referencias agustinianas, aunque manejadas con habilidad, puede exigir cierta familiaridad previa de los lectores. Pero esas reservas no desactivan el valor del libro. Más bien señalan su propósito. No es una obra para especialistas, sino una invitación a degustar el banquete completo. En sus mejores párrafos, que son abundantes, el libro consigue hacer visible la continuidad entre actos aparentemente distintos como comer, escuchar,

---

<sup>8</sup> Francys Silvestrini Adão, SJ, *La vie comme nourriture. Pour un discernement eucharistique de l'humain fragmenté*, París, éditions Jésuites, 2023.

<sup>9</sup> Enrique García-Máiquez, *Gracia de Cristo. Su sonrisa en los Evangelios*, Madrid, ediciones Monóculo, 2023.

<sup>10</sup> Pío de Luis Vizcaíno OSA, *Endorfinas agustinianas*, Madrid, Editorial Agustiniiana, 2021, colección “Espiritualidad agustiniana”, número 9.

recordar y orar, para sugerir que todos ellos remiten, en último término, a una misma disposición espiritual.

Al final, lo que permanece es una impresión sencilla, pero tenaz. No basta con leer la carta ni con ordenar el menú. El libro solo despliega plenamente su sentido cuando el lector acepta entrar en la dinámica que se le propone, se sienta a la mesa, prueba, escucha y permite que algo en su interior se modifique. La oración deja entonces de ser un tema explicado para convertirse en una experiencia ofrecida; no se contempla desde fuera, sino que se degusta desde dentro. En esa capacidad de convertir una metáfora amable en una invitación espiritual efectiva, y en esa insistencia discreta que deja un gusto perdurable, reside buena parte de la eficacia del libro.